

mancha la fuente.

Lisa, distraidísima aun, le dió la morcilla y las rodajas de salchichón, diciéndole:

—Son para usted, si es que le agradan.

Todo desapareció en el cesto. Mademoiselle Saget estaba tan bien acostumbrada a los regalos, que ni siquiera daba ya las gracias. Cada mañana se llevaba los desperdicios de la salchichera. Y se marchó, con la idea de encontrar su postre en la tienda de la Sarriette y en la de madame Lecœur, hablándoles de Gavard.

Cuando se vió sola, la salchichera se sentó en la banqueta del mostrador, como para tomar una decisión mejor, poniéndose con toda comodidad. Hacía ya ocho días que estaba muy inquieta. Una noche, Florencio había pedido quinientos francos a Quénu, con toda naturalidad, como hombre que tiene cuenta abierta. Quénu le envió a su mujer. Esto embarazó a Florencio, que temblaba un poco al dirigirse a la bella Lisa. Pero ésta, sin pronunciar una sola palabra, sin tratar de enterarse del destino de la cantidad, subió a su cuarto y entregó a Florencio los quinientos francos. Sólo le dijo que los había apuntado en la cuenta de la herencia. Tres días más tarde, el joven tomó mil francos.

—No valía la pena el echárselas de hombre desinteresado—dijo Luisa a Quénu por la noche, al acostarse.—Ya ves que hice muy bien en conservar la cuenta... Espera, que no he apuntado los mil francos de hoy.

—Sentóse delante del secreter, releyó la página de los cálculos y después añadió:

—Bien hice dejando sitio en blanco. Apuntaré al margen las entregas a cuenta. Ahora lo va a derrochar todo poco a poco... Hace mucho tiempo que lo estaba esperando.

Quénu no dijo nada, y se acostó con muy mal

humor. Cada vez que su mujer abría el secreter, el tablero de éste exhalaba un grito de tristeza que le desgarraba el alma.

Hasta se prometió reñir a su hermano, impedirle que se arruinara con las Méhudin, pero no se atrevió a hacerlo. Florencio, a los dos días, pidió quinientos francos más. Logre había dicho una noche que si encontraban dinero, las cosas irían mucho más de prisa. Al día siguiente, se sintió entusiasmado al ver que aquellas palabras lanzadas al aire caían otra vez en sus manos en forma de un cartuchito de oro, que se embolsó sonriendo, con la joroba saltándole de alegría. Entonces habló de continuas necesidades; tal sección pedía alquilar un local; tal otra tenía que sostener a unos patriotas desgraciados, y había también que hacer compras de armas y de municiones, confidencias, gastos de policía. Florencio lo habría dado todo. Se había acordado de la herencia, de los consejos de la Normanda. Y metía mano en el secreter de Lisa, retenido tan sólo por el sordo temor que tenía al rostro grave de su cuñada. Nunca, según él, podría gastar el dinero por una causa más santa. Logre, entusiasmado, llevaba asombrosas corbatas de color de rosa y betunadas botas, cuya vista ponía sombrío a Lacaille.

—Ya van tres mil francos en siete días—dijo Lisa a su marido.—¿Qué dices de esto? ¿Es bonito, verdad?... Si sigue de ese modo, los cincuenta mil francos no le durarán más de cuatro meses... ¡Y el viejo Gradelle que había tardado cuarenta años en reunir el gato!

—¡Tanto peor para ti!—exclamó Quénu.—No tenías ninguna necesidad de hablarle de la herencia.

Pero la salchichera le miró severamente, diciéndole:

—Son bienes suyos, y puede llevárselos todos... Lo que me contraría no es el darle ese dinero; es el figurarme el mal empleo que debe de hacer de él... Hace ya demasiado tiempo que te lo vengo diciendo; será preciso que esto se acabe.

—Haz lo que te parezca, que no seré yo quien te lo impida—acabó por decir el marido, a quien torturaba la avaricia.

No obstante, Quénu quería a su hermano; pero la idea de ver los cincuenta mil francos desaparecidos en cuatro meses, era para él insostenible. Lisa, en vista de los chismorreos de mademoiselle Saget, adivinaba a dónde iba a parar el dinero. Habiéndose permitido la solterona una alusión a la herencia, Lisa decidió aprovechar la ocasión para hacer saber a todo el barrio que Florencio tomaba su parte y se la comía como se le antojaba. Al día siguiente fué cuando la decidió la historia de los trapos rojos. Permaneció algunos instantes, luchando todavía, y mirando a su alrededor el aspecto pesadoso de la tienda; los cerdos colgaban con aire huraño. Mouton, echado junto a un pote de grasa, tenía el pelo erizado, el ojo triste de un gato que no digiere ya con tranquilidad. Entonces, Lisa llamó a Agustina para que estuviese al cuidado del mostrador, y subió al cuarto de Florencio.

Ya arriba, sintió un estremecimiento al penetrar en la habitación. La dulzura infantil del lecho estaba manchada por un montón de bandasy rojas que colgaban hasta el suelo. En la chimenea, entre las doradas cajas y los viejos botes de pomada, yacían brazales rojos, con paquetes de escarapelas que parecían enormes gotas de sangre extendidas. Además, de todos los clavos, sobre el desteñido gris del papel de las paredes, se veían pedazos de tela que las empavesaban, banderas cuadradas amarillas, azules, verdes, ne-

gras, en las cuales reconoció la salchichera las guías de las veinte secciones. La puerilidad de la estancia parecía asustadísima por aquella decoración revolucionaria. La gran tontería ingenua que la criada de la tienda había dejado allí, aquel aspecto de blancura de las cortinas y de los muebles, adquiría reflejos de incendio, al paso que la fotografía de Augusto y de Agustina parecía lívida de espanto. Lisa dió la vuelta a la habitación, examinando las banderas, los brazales, las bandas, sin tocar nada, como si creyera que aquellos horribles pingajos pudieran quemarla. Pensaba que no se había engañado, que el dinero se convertía en todas aquellas cosas. Era aquello, para Lisa, una abominación, un hecho apenas creíble que sublevaba todo su ser. ¡Su dinero, aquel dinero ganado tan honradamente, servir para organizar y para pagar el motín! Permanecía en pie, viendo las abiertas flores de la planta del tejadillo, que parecían, rojas también, otras tantas escarapelas ensangrentadas, y escuchando el canto del pinzón como si fuese un eco lejano de la fusilería. Entonces se le ocurrió la idea de que la insurrección debía estallar al día siguiente, aquella misma noche tal vez. Las banderolas flotaban, desfilaban las bandasy, y en sus oídos resonaba un redoblar brusco de tambores. Y bajó vivamente, sin detenerse siquiera para leer los papeles que había sobre la mesa. Se detuvo en el primer piso y se vistió.

En aquella hora tan grave, la bella Lisa se peinó cuidadosamente, con tranquila mano. Estaba muy resuelta, sin un estremecimiento, con una severidad mayor en los ojos. Mientras se abrochaba su traje de seda negra, estirándolo con toda la fuerza de sus gruesos puños, se acordaba de las palabras del padre Roustan. Se inte-

rrogaba, y su conciencia le respondía que iba a cumplir con un deber. Cuando se echó sobre los anchos hombros su chal de alfombra, comprendió que hacía un acto de gran honestidad. Calzóse unos guantes de color lila obscuro, y prendióse en el sombrero un espeso velo. Antes de salir, cerró el secreter echando doble vuelta a la llave, con aspecto de esperanza, como para decirle que por fin podría dormir tranquilo.

Quénu ostentaba su blanco vientre en el dintel de la salchichería. Se quedó muy sorprendido al ver salir a su mujer a las diez de la mañana, de veinticinco alfileres.

—¡Hola! ¿Dónde vas?—le preguntó.

Lisa inventó una diligencia que tenía que hacer con madame Taboureau. Añadió que pasaría por el teatro de la Gaité, para tomar localidades. Quénu corrió, la llamó, y le encargó que tomara butacas de enfrente. Después, al volver Quénu a la tienda, se dirigió a la parada de coches, a lo largo de San Eustaquio; tomó un fiacre, cuyas cortinillas echó, diciéndole al cochero que la llevase al teatro de la Gaité. Temía que la siguieran. Cuando tuvo las localidades, se hizo llevar al Palacio de Justicia. Una vez en él, delante de la verja, pagó y despidió el coche. Y despacito, al través de las salas y de los corredores, llegó a la prefectura de policía.

Como se perdió en medio de aquella confusión de agentes y de señores de grandes levitas, Lisa dió diez sueldos a un hombre, que la guió hasta el gabinete del prefecto. Pero para llegar hasta la presencia de éste era necesaria una carta de audiencia. La introdujeron en una habitación estrecha, de un lujo de hotel amueblado, en la que un personaje gordo y calvo, todo de negro, la recibió con huraña frialdad. Lisa podía hablar. Entonces, levantándose el velo, dijo su

nombre y lo refirió todo, redondamente, de un tirón. El personaje calvo la escuchaba sin interrumpirla, con aspecto de cansancio. Cuando la salchichera hubo terminado, preguntó sencillamente el sujeto:

—Usted es la cuñada de ese hombre, ¿verdad?

—Sí—respondió claramente Lisa.—Nosotros somos personas honradas... Yo no quiero que mi marido pueda verse comprometido.

El calvo se encogió de hombros, como para decir que aquello era muy enojoso. Después, con aire de impaciencia:

—Mire usted, es que hace más de un año que me están fastidiando con ese asunto. Me hacen una denuncia tras otra, me instan, me ponen entre la espada y la pared... Ya comprenderá usted que, si no obro, es porque prefiero esperar... Tenemos nuestras razones... Mire usted; esta es la carpeta. Puedo enseñársela.

Y puso delante de ella un paquete enorme de papeles, con una cubierta azul. Lisa hojeó los documentos. Eran como capítulos sueltos de la narración que ella acababa de hacer. Los comisarios de policía del Havre, de Rouen, de Vernon, anunciaban la llegada de Florencio. En seguida seguía un uniforme que atestiguaba su instalación en casa de los Quénu-Gradelle. Después su entrada en los Mercados, su vida, sus noches en casa del señor Lebigre; ni un detalle quedaba olvidado. Lisa, aturdida, observó que los informes eran dobles y que debían de haber tenido des orígenes diferentes. Por fin encontró un montón de cartas, de cartas anónimas de todos tamaños y de todas letras. Aquello fué el colmo. Reconoció una letra de gato, la letra de mademoiselle Saget, que denunciaba la sociedad del gabinete acristalado. Vió también una gran hoja de papel grasiento, manchada con los gruesos

palotes de madame Lecœur, y una página, adornada con un pensamiento amarillo, cubierta con los garabatos de la Sarriette y del señor Julio; las dos cartas avisaban al gobierno que tuviera cuidado con Gavard. También conoció el estilo inmundo de la gran Méhudin, que repetía, en cuatro páginas, casi indescifrables, los cuentos estúpidos que corrían por los Mercados referentes a Florencio. Pero lo que más la estremeció fué una factura de su casa, que llevaba el membrete "Salchicheria Quénu-Gradelle", en cuyo dorso Augusto había vendido al hombre a quien consideraba como un obstáculo para su matrimonio.

El agente había obedecido a un pensamiento secreto al colocar aquellos documentos ante los ojos de Lisa.

—¿No conoce usted ninguna de esas letras?— le preguntó.

Lisa balbuceó que no. Se había levantado. Estaba sofocadísima por lo que acababa de descubrir, y se había bajado el velo, para ocultar la vaga confusión que sentía subirle a las mejillas. Crujía su traje de seda, sus guantes desaparecían bajo el gran chal. El personaje de la calva sonrió débilmente, diciéndole:

—Ya ve usted, señora, que sus informes vienen un poco tarde. Pero se tendrá en cuenta el paso de usted, se lo prometo. Sobre todo, recomiendo used a su marido que no se meta en líos. Pueden sobrevenir algunas circunstancias que...

No acabó la frase, y saludó ligeramente, levantándose a medias de su sillón. Era un despedido. Lisa se fué. En la antecámara vió a Logré y al señor Lebigre, que se volvieron vivamente. Pero ella estaba más turbada que los dos. Atravesaba salas, recorría pasillos, estaba como cogida por aquel mundo de la policía, en el que se persuadía ya de que lo veían y sabían todo. Fi-

nalmente, salió a la calle por la plaza Dauphine. En el muelle del Reloj anduvo lentamente, refrescada por las brisas del Sena.

Lo que veía con más claridad era la inutilidad del paso que había dado. Su marido no corría ningún peligro. Esto la consolaba, al mismo tiempo que la producía un remordimiento. Estaba irritada contra Augusto y contra todas aquellas mujeres que la habían puesto en una situación ridícula. Acortó más aún el paso, mirando fluir el Sena; unas chalanas, negras por el polvo del carbón, bajaban por el agua verde, en tanto que, a lo largo de la orilla, había pescadores tendiendo sus cañas. En fin, no era ella la que había vendido a Florencio.

Este pensamiento, que se la ocurrió bruscamente, la asombró. ¿Habría acaso cometido una mala acción si le hubiese entregado? Permaneció perpleja, sorprendida de haber podido ser engañada por su conciencia. Las cartas anónimas le parecían desde luego una cosa villana. Ella, por el contrario, iba en derechura, se nombraba, salvaba a todo el mundo. Como pensara de repente en la herencia del viejo Gradelle, se interrogó a sí misma, y se encontró dispuesta a tirar aquel dinero al río, si era preciso, para curar a la tienda de su malestar. No; ella no era avara, el dinero no la había impulsado. Al atravesar el puente, en el Change, se tranquilizó por completo, y recobró su hermoso equilibrio. Valía más que las otras se le hubiesen adelantado en la prefectura; ella no tendría que engañar a Quénu, y dormiría mejor.

—¿Tienes ya las localidades?— la preguntó Quénu cuando volvió a la tienda.

Quiso verlas, e hizo que su mujer le explicase en qué punto se encontraban. Lisa había creído que la policía acudiría al punto, en cuando ella

le hubiera avisado, y su proyecto de ir al teatro no era más que una manera habilidosa de alejar a su marido mientras detuviesen a Florencio. Contaba, por la tarde, con llevarle a dar un paseo, uno de aquellos asuetos que a veces se permitían; iban al bosque de Bolonia, en fiacre, comían en el restaurante y se quedaban en cualquier café concierto. Pero creyó inútil salir. Como de costumbre, pasó el día detrás del mostrador, con la tez rosada, más alegre y más amable, como al salir de una convalecencia.

—¡Cuando te digo que te hace bien el aire!— le repitió Quénu.—¿Mira, ves? El paseo de esta mañana te ha reverdecido de arriba abajo.

—¡No, no!—acabó por responder Lisa, recordando su aspecto severo.—Las calles de París no son tan buenas para la salud.

Por la noche, en la Gaité, vieron representar la "Gracia de Dios". Quénu, de levita, enguantado de gris, peinado con esmero, no se ocupaba más que en buscar en el programa los nombres de los actores. Lisa estaba soberbia con el cuerpo escotado, apoyando en el terciopelo rojo de la baranda sus puños oprimidos por guantes demasiado estrechos. Los dos se conmovieron muchísimo por los infortunios de María; el comendador era verdaderamente un villano, y Pierrot les hacía reír desde que entraba en escena. La salchichera lloró. La partida del niño, la plegaria en la alcoba virginal, el regreso de la pobre loca, humedecieron sus hermosos ojos lágrimas discretas, que se enjugaba dándose un golpecito con el pañuelo. Pero aquella noche fué un verdadero triunfo para ella cuando, al levantar la cabeza, vió a la Normanda y a su madre en el segundo piso. Entonces se engalló más, envió a Quénu a comprarle una caja de caramelos y empezó a jugar con su abanico de nácar con mu-

chos dorados. La pescadera estaba vencida; bajaba la cabeza, escuchando a su madre que le hablaba en voz baja. Cuando salieron, la bella Lisa y la bella Normanda se encontraron en el vestíbulo, con una sonrisa vaga.

Aquel día Florencio había comido temprano en casa del señor Lebigre. Esperaba a Logre, que debía presentarle un antiguo sargento, hombre de capacidad, con el cual se hablaría del plan de ataque contra el palacio de Borbón y el Ayuntamiento. Llegaba la noche, y una lluvia menuda, que había empezado a caer al medio día, anegaba en gris a los Grandes Mercados. Estos se destacaban negros sobre los rojizos vapores del cielo, en tanto que corrían grandes girones de nubes sucias, casi al ras de las techumbres, como enganchadas y desgarradas por las puntas de los pararrayos. Florencio estaba entristecido por la suciedad del empedrado, por aquel chorro de agua amarilla que parecía apagar el crepúsculo en el lodo. Miraba a la gente refugiada en las aceras de las calles cubiertas, los paraguas que pasaban bajo el chubasco, los fiacres que cruzaban más rápidos y sonoros por medio del arroyo vacío. Hubo una clara. Un resplandor rojo se vió por poniente. Entonces, todo un ejército de barrenderos, se presentó en la calle de Montmartre, empujando a escobazos un lago de fango líquido.

Logre no llevó al sargento. Gavard había ido a comer a casa de unos amigos de Batignolles. Florencio se vió reducido a pasar la noche frente a frente de Robine. Estuvo hablando él solo, y acabó por ponerse tristísimo; el otro movía suavemente la barba, y sólo alargaba el brazo, cada cuarto de hora, para beber un sorbo de cerveza. Florencio, aburrido, subió a acostarse. Pero Robine, al quedarse sólo, no se fué, sino que per-

maneció con la frente pensativa bajo su sombrero, contemplando la cerveza. Rosa y el mancebo, que contaban con cerrar más temprano, puesto que no estaba allí la reunión del gabinete, esperaron cerca de una hora a que a Robine se le ocurriera marcharse.

Florencio, en su cuarto, tuvo miedo de meterse en la cama. Estaba sobrecogido por uno de aquellos malestares nerviosos que a veces le tenían durante noches enteras en medio de pesadillas sin fin. El día antes, en Clamart, había enterrado al señor Verlaque, que había muerto con una agonía horrible. Aún se sentía entristecido por aquel estrecho ataúd bajado a la fosa. Sobre todo, no se podía quitar de la imaginación a madame Verlaque, con la voz lacrimosa, sin una lágrima en los ojos; seguía a Florencio, hablaba del féretro que no estaba pagado, del coche, que no sabía cómo encargar, pues no tenía un céntimo en casa, porque el día anterior el farmacéutico, al enterarse de la muerte del enfermo, había exigido el importe de su cuenta. Florencio tuvo que adelantar el dinero del ataúd y del coche; hasta la propina al enterrador tuvo que dar. Cuando iba a marcharse, madame Verlaque le miró con tan desolado aspecto, que el joven le dejó veinte francos.

En aquellos momentos, la muerte del señor Verlaque le contrariaba. Se volvería a hablar de su plaza de inspector. Se le molestaría, se pensaría en nombrarle propietario. Esto produciría complicaciones enojosas que podrían dar el quién vive a la policía. Florencio hubiera querido que el movimiento insurreccional estallase al día siguiente, para tirar a la calle su gorra galoneada. Con la cabeza llena de estas inquietudes, salió al tejadillo, con la frente ardiendo, y pidiendo un soplo de aire a la cálida noche. El

chaparrón había hecho cesar el viento, un calor de tempestad llenaba aún el cielo, de sombrío azul, sin una nube. Los Mercados, secos, extendían ante él su masa enorme, del color del cielo, y punteada como él de amarillas estrellas por las vivas llamas del gas.

De codos sobre la baranda de hierro, Florencio pensaba que tarde o temprano sería castigado por haber accedido a aceptar aquella plaza de inspector. Era como una mancha en su vida. Había comido del presupuesto de la prefectura, perjurando, sirviendo al imperio, a pesar de los juramentos tantas veces hechos en el destierro. El deseo de contentar a Lisa, el caritativo empleo del sueldo cobrado, el modo honrado con que se había esforzado en cumplir sus funciones, no le parecían ya argumentos bastante fuertes para excusar su cobardía. Si padecía por aquel ambiente grasiento y demasiado nutrido, era merecedor de tal sufrimiento. Y volvió a ver el mal año que acababa de pasar, la persecución de las pescaderas, las náuseas de los días húmedos, la indigestión continua de su estómago de flaco, la sorda hostilidad que sentía crecer en torno suyo. Todas estas cosas aceptaba como castigo. Aquel sordo gruñido de rencor cuyo origen no comprendía, anunciaba alguna catástrofe vaga, bajo la cual plegaba por anticipado los hombros, con la vergüenza del que espía una culpa. Después, montó en cólera contra sí mismo, al pensar en el movimiento popular que preparaba; se dijo que no era ya lo bastante puro para conseguir el triunfo.

¡Cuántos ensueños había tenido, en aquella altura, con la vista perdida en las alargadas techumbres de los pabellones! Generalmente, los veía como mares grises, que le hablaban de comarcas lejanas. En las noches sin luna, se en-

sombrecían, tornándose lagos muertos, aguas negras, pestilentes y estancadas. Las noches límpidas los trocaban en fuentes de luz; los rayos se deslizaban sobre los dos planos de techumbres, bañando las grandes planchas de zinc, desbordándose y cayendo de nuevo. Los tiempos fríos los enfriaban, los helaban, como bahías de Noruega en las que se deslizan los patinadores, en tanto que los calores de junio los adormecían con pesado sueño. Una noche de diciembre, al abrir su ventana, los había encontrado blancos por la nieve, de una blancura virgen que alumbraba el cielo de color de mohó; ofrecíanse sin la huella de un solo paso, semejantes a las llanuras del Norte, a las soledades respetadas por los trineos; tenían un silencio hermosísimo, una dulzura de coloso inocente. Y él, a cada aspecto de aquel cambiante horizonte, se entregaba a ensueños tiernos o crueles; la nieve le calmaba, el inmenso lienzo blanco le parecía un velo de pureza echado sobre las inmundicias de los Mercados; las noches límpidas, los fulgores de la luna, le llevaban a los países de los cuentos de hadas. No sufría más que en las noches negras, las ardorosas noches de junio, que mostraban el charco nauseabundo, el agua durmiente de un mar maldito. Y siempre le asaltaba la misma pesadilla.

Sin cesar estaban allí. No podía abrir su ventana, apoyarse en el alféizar, sin tenerles delante, llenando el horizonte. Por la noche dejaba los pabellones para volver a hallar al acostarse las techumbres sin fin. Cerrábanle la vista de París, le imponían su enormidad, entraban en su vida a cada instante. Aquella noche, se le volvió a presentar la pesadilla, aumentada por las sordas inquietudes que le agitaban. La lluvia de la tarde había llenado los Mercados de una hume-

dad infecta. Echábanle al rostro todas sus malas emanaciones, que se revolcaban en el centro de la ciudad como un borracho bajo la mesa, después de la última botella. Parecíale que de cada pabellón subía un vapor espeso. A lo lejos, eran la carnicería y la tripería las que humeaban, con desabrido vapor de sangre. Después, los mercados de las legumbres, y de las frutas exhalaban olores de coles agrias, de manzanas podridas, de verduras tiradas a la basura. Las mantecas apestaban, la pescadería exhalaba una frescura con un punto de pimienta. Y Florencio veía, sobre todo, a sus pies, el pabellón de las aves que lanzaba, por la torrecilla de su ventilador, un aire cálido, una hediondez que giraba como sebo de máquina. La nube de todas aquellas emanaciones se amasaba encima de las techumbres, invadía las casas vecinas, se ensanchaba en pesada niebla sobre París entero. Eran los Mercados que reventaban en su cinturón de hierro demasiado estrecho, caldeando con el hartazgo de su indigestión de la noche el sueño de la ciudad cebada.

Abajo, sobre la acera, oyó Florencio un ruido de voces, una risa de personas felices. La puerta de la calle se cerró ruidosamente. Quénu y Lisa volvían del teatro. Entonces Florencio, aturcido, como embriagado por el aire que respiraba, abandonó el tejadillo, con la angustia nerviosa de aquella tempestad que sobre su cabeza sentía. Su desgracia estaba allí, en aquellos Mercados caldeados por el día. Cerró con violencia la ventana, y los dejó perdidos en el fondo de la sombra, desnudos por completo, sudando aún, despechugados, exhibiendo su abombado vientre y descansando bajo las estrellas.